

Una mirada retrospectiva a la informalidad en Bogotá

A retrospective view of informality in Bogota

Pilar Mendoza*

EHESS París

Fecha de recepción: 03 de octubre

Fecha de aceptación: 20 de octubre

ISSN: 2219-4142

Mendoza, Pilar. 2015. «Una mirada retrospectiva a la informalidad en Bogotá». *Politai: Revista de Ciencia Política*, Año 6, segundo semestre, N° 11: pp. 53-72.

* Periodista y doctora en sociología, EHESS París. Consultora independiente para programas sociales en Colombia y países africanos. pilar.mendoza.koch@gmail.com

Resumen

El 9 de abril de 1948, día del asesinato del líder popular Jorge Eliecer Gaitan, se produjo en Bogotá una revuelta popular de profundas consecuencias. Este evento definió en parte la manera en la que se construyó la ciudad desde entonces. Gente de toda Bogotá, incluidos los barrios populares, descendió al centro histórico (lugar del asesinato) para unirse a las manifestaciones que provocaron la muerte de aproximadamente 3000 personas y la semi-destrucción de algunos lugares simbólicos. Dicha revuelta se extendió a todas las regiones del país.

Después de dicho acontecimiento, conocido como El Bogotazo, la modernización de la ciudad que ya había comenzado se acentuó de manera radical. Paralelamente, la entrada masiva de habitantes de todo el país le dio a Bogotá la connotación de metrópoli. Las clases populares comenzaron la invasión de las periferias con la construcción de ‘barrios piratas’¹ hacia el sur de la ciudad, mientras que los ricos se dirigieron al norte. De esta manera, la periferia surgió como una proyección de la ciudad, pero de una manera no planificada y autogestionada por la población. Describiremos en este artículo la manera en que los sectores populares se apropian de la gran ciudad y la dotan de identidad, en la medida en que la informalidad y la distancia con el sistema oficial se convierten en la forma efectiva de definir un territorio en la ciudad.

Palabras clave: *Bogotazo, Modernización, Sectores populares, Barrios periféricos.*

Abstract

Heavy civil riots occurred in Bogota on April 9th, 1948, the day when the popular leader Jorge Eliecer Gaitan was killed. This popular insurrection had deep consequences which reflect to the present-day construction of the city. Crowds of people from the popular districts of the city took part in demonstrations that resulted in the death of about 3,000 people and destroyed parts of the historic center and some symbolic places. Subsequently, the rebellion spread throughout the whole country.

After this historic event, which is known as the ‘Bogotazo’, the modernization, which had started beforehand, sped up in a radical way. At the same time, the ingression of new inhabitants from the surrounding region increased significantly, resulting in Bogota developing into the metropolis it is today. The poor and working class population started with the invasion and the construction of ‘pirate quarters’ in the southern suburban area and in the eastern hills, while the rich population started moving toward the north of the city. In this way, the suburbs seem to be a projection of the city but in a rather unplanned way, which have mainly been generated by the population itself. In this way we describe the process in which working class people took possession of a large city, and the way in which a city was informally developed, resulting in the creation of suburban quarters.

Key words: *Bogotazo, Modernization, Working class population, Suburban quarters.*

1 Los barrios piratas son construcciones ilegales de carácter popular, generalmente manejadas por un intermediario político.

Introducción

El 9 de abril de 1948, día del asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán, se produjo en Bogotá una revuelta popular de profundas consecuencias. El evento definió, en parte, la manera en que las masas populares entraron a la ciudad y, por lo tanto, la configuración de la ciudad. Dicha insurrección popular duró varios días y provocó la muerte de aproximadamente 3000 personas y la semi-destrucción del centro histórico, del tranvía y de algunos lugares simbólicos. La revuelta se extendió por todo el país y causó el desplazamiento masivo de campesinos a las principales ciudades.

A partir de este evento conocido como ‘El Bogotazo’, la modernización, que ya había comenzado, se acentuó de manera radical. Paralelamente, la entrada masiva de habitantes de todas las regiones que ya venía en aumento, le dio a Bogotá la connotación de metrópoli. Los campesinos y desplazados comenzaron la invasión y construcción de ‘barrios piratas’² hacia las periferias del sur de la ciudad, mientras que los ricos se dirigieron al norte. La periferia se convirtió en una extensión de la ciudad, pero de una manera no planificada y sobre todo autogestionada por la población.

Observamos los hechos del 9 de abril de 1948 como el punto de encuentro de múltiples fuerzas que terminaron en una explosión social con importantes consecuencias. Los sectores populares, actores de esta sublevación constituidos a través de un proceso de colonización y movilización característico de la historia colombiana, hicieron su entrada masiva a la ciudad. La población rural que migró hacia las ciudades principales a lo largo del siglo XX, sobre todo en los años cincuenta, formó con las clases populares un nuevo actor urbano. Ese hecho será objeto de una observación constante a lo largo de este trabajo.

En este artículo observaremos el modo en que el centro histórico se desplazó tras el Bogotazo y cambió de imagen, mientras que la ciudad creció con la expansión de los sectores populares. Analizaremos las prácticas informales en la construcción de los barrios populares en donde prevalece la autogestión y la creatividad en la forma de construir las casas y los barrios, así como la forma de intercambio y de gestión de recursos de manera alterna al sistema oficial. Describiremos finalmente como ‘lo popular’ se apropia de la ciudad y la dota de identidad a través de la creación de dichos barrios periféricos.

Metodología

El presente artículo es resultado de una investigación en sociología urbana, realizada entre los años 2002-2010. En primer lugar, es necesario aclarar que esta no es una investigación cuantitativa. El hecho de concebir el Bogotazo como un elemento fundamental para el análisis de los sectores populares en Bogotá da a este trabajo una dimensión histórica. Esto nos obligó a revisar detenidamente los archivos registrados de dicho evento, así como a seguir exhaustivamente las historias de vida de los personajes entrevistados que vivieron el acontecimiento. De igual manera, hicimos una revisión de la prensa nacional, en función de las transformaciones de las políticas públicas de diferentes alcaldes de Bogotá. Nos apoyamos igualmente, para el estado de la cuestión, en el archivo del Observatorio de Cultura Urbana de Bogotá, el cual realiza desde hace algunos años investigaciones precisas sobre los usos y prácticas del espacio público en la capital, haciendo énfasis en el desarrollo cultural y sus imaginarios colectivos.

Se trata, en realidad, de una mirada retrospectiva a los sectores populares de la ciudad en un contexto de rápida urbanización que comenzó en los años 1940. Esta es la razón por la cual

2 Los barrios piratas son construcciones ilegales de carácter popular, en general manejadas por intermediarios políticos.

este trabajo será esencialmente cualitativo. La mayor parte de las entrevistas fueron realizadas espontáneamente y sin grabadora. El diario de campo ha sido una herramienta de uso permanente, teniendo en cuenta las técnicas de observación participante aplicadas. Se procuró asociar historias de vida y percepciones individuales con los presupuestos teóricos establecidos.

En un contexto más general, el trabajo debió realizarse en función de diferentes elementos como las políticas urbanas oficiales, las tendencias migratorias de los actores que llegaron a la ciudad, la manera como se expandió la ciudad hacia la periferia, la construcción de los barrios populares y la tensión entre los mundos formales e informales a partir de las políticas de libre mercado y expansión económica.

Bogotá y sus transformaciones

La historia de Bogotá y sus transformaciones suele estar marcada por los eventos del Bogotazo y las consecuencias físicas, políticas y sociales que este tuvo para la ciudad. Para comenzar este análisis, miremos cómo Bogotá se transformó en metrópoli, para entender los consecuentes procesos de urbanización y modernización que vinieron después.

Como muchas ciudades latinoamericanas, Bogotá se edificó sobre los cimientos de la vida cotidiana y costumbres indígenas, mezclada luego con los referentes del dominio español, en torno a la plaza pública y la catedral de la Iglesia católica, las cuales se convirtieron en los núcleos de organización de la ciudad. La estructura urbana colonial tenía como fundamento la conformación parametrada de las manzanas que otorgan identidad a la calle, elemento también primario del espacio público, cuya área continua es el lugar de recorrido y escenario de la vida de la ciudad.

La Plaza de Bolívar, anteriormente llamada Plaza Mayor, representa desde entonces el símbolo del poder político, alrededor del cual la ciudad se instaló geográficamente de acuerdo con la jerarquía social. Es la representación de la plaza pública, sede del poder central, imagen de ágora griega donde los ciudadanos se reunían a discutir los asuntos de interés común. Visualmente la plaza es un cuadrado sobresaliente y vacío que puede servir de soporte a diversas actividades; es, ante todo, un elemento arquitectónico centralizador que igualmente cambia de función de acuerdo con los procesos históricos del país.

Hacia los años cincuenta, el discurso ilustrado caracterizaba a la Capital como una gran urbe que comenzaba a modernizarse y en la que la ciudad central empezaba a distinguirse de las periferias. Lo antiguo y lo nuevo se diferenciaban, y la ciudad comenzaba a llenarse de contrastes. Sin embargo, el centro aparecía como un sector complejo y con un carácter colectivo acentuado. Todos iban allí y todos conocían sus puntos de referencia y denominaciones.

La arquitectura también experimentó cambios: luego del estilo colonial español, se introdujo el modelo francés republicano, con obras monumentales y fachadas decoradas. Igualmente, se recurrió al modelo parisino de Haussmann tal como lo describe Jacques Aprile-Gnisset. «También se recoge de la operación Haussmann en París y la apertura de pasajes comerciales: con el pasaje Hernández y el pasaje Rivas podemos comprobar que muy temprano se manifiestan especuladores interesados en renovar por lo menos la renta del suelo» (Aprile-Gnisset 1983:17). Mientras tanto, el centro tradicional conservaba sus funciones comerciales y políticas, al tiempo que pasaba por estas transformaciones.

«Los edificios públicos se sitúan en los alrededores del capitolio. Los bancos y los hoteles se ubican sobre la avenida Jiménez y la Carrera Séptima, los edificios comerciales sobre la carrera 13 y la Plaza de las Cruces hacia el sur. Se conforman núcleos residenciales elitistas como Teusaquillo, Santa Teresita o Chapinero [...] Luego se inicia la penetración del otro modelo, modernista y ecléctico.

Se impone la influencia norteamericana basada en el dominio de la tecnología de concreto, la importación desde EE.UU. de materiales modernos como de los ingenieros que los van a trabajar» (Aprile-Gnisset 1983:17).

Entretanto, los sectores populares se instalaban en la ciudad al margen de estos procesos, pues no eran tenidos en cuenta en la planeación de los urbanistas. Apareció entonces la suburbanización, es decir la expansión de zonas residenciales hacia la periferia. Surgieron igualmente los barrios obreros en tres zonas de la ciudad (Perseverancia, Ricaurte, Egipto y las Cruces). En general, los sectores populares se ubicaron en los alrededores de los Cerros Orientales que bordean el centro histórico de la ciudad a lo largo del Paseo Bolívar. Simultáneamente, el ‘fenómeno gaitanista’ hacía irrupción en oposición al bipartidismo existente, lo que influiría en esta población, aunque de un modo transitorio y acelerado, a causa de los acontecimientos sucesivos que marcaron la época.

El barrio ‘La perseverancia’

En Bogotá de comienzos de siglo XX, las jerarquías sociales estaban claramente diferenciadas. La élite bogotana, los ‘rolos’ o ‘cachacos’, se caracterizaba por ser una sociedad educada en una ciudad fría, con atuendos elegantes, sombrero y corbata para los hombres y vestido cerrado para las mujeres. Estos se daban cita en el centro histórico para representar un poder jerarquizado entre la llamada oligarquía y las clases populares y los recién llegados, según, por ejemplo, el uso de la ruana, un símbolo popular por excelencia. Dicha jerarquía social tuvo hasta esos momentos también ciertos tintes raciales, pues cuando se quería insultar a alguien o tratarlo simplemente de maleducado, solía tachársele de indio o de campesino. Lo criollo, no obstante, era el símbolo de un sincretismo cultural, por el que se pretendía evocar las raíces europeas como símbolo de cultura, mientras que la identidad con los indios, el pueblo, o los campesinos tenía connotaciones peyorativas: la ‘chusma’, el ‘populacho’, el ‘lumpen’.

Mientras que las élites habitaban el centro histórico, los sectores populares llegaban a los suburbios. La historia del barrio La Perseverancia muestra los procesos de urbanización de la época, pero desde la conformación de los barrios populares, alrededor de la figura de Gaitan. Una incipiente clase obrera, organizada en torno a la cervecería Bavaria, con la ayuda de su propietario alemán, don Leo Koff, empezaba a edificar en los límites del centro histórico.

«Los efectos del movimiento migratorio provocado a causa de la Guerra de los Mil Días se hicieron sentir con mayor densidad en el ámbito bogotano. Los cientos de campesinos que habían sido desplazados de su lugar de origen arribaron a la capital en busca de mejores condiciones de vida. La mayoría de ellos, al no poder establecerse en el centro decimonónico, se fueron asentando paulatinamente en la zona oriental, que para entonces empezaba a denotar una infraestructura fabril ... En tal contexto, la cervecería Bavaria, aplicando un criterio de urbanización especulativa, empezó el loteo de un terreno de su propiedad, en procura de facilitarle a los trabajadores la adquisición de los predios, a partir de una serie de préstamos, que debían pagar con su salario. Lo más novedoso de este barrio, no obstante, fue el empleo del sistema de autoconstrucción tanto para edificar las viviendas como para habilitar el área construida» (Suarez 2006:111).

De esta manera, los habitantes del barrio se organizaban en jornadas de trabajo para construir las calles, la iglesia y los sistemas de desagüe. Esto sugiere un tipo de organización basado en la autogestión de las comunidades, que desde entonces se edificaban al margen de las

instituciones o, a lo sumo, a través de intermediarios. En general, con el apoyo de un padrino que ayudaba a gestionar recursos, la gente se organizaba para levantar las casas y los barrios.

«Nací en esta casa. Papá compró este lote en 35 pesos a los Vega. Mis padres abrieron trochas para poder nivelar el terreno porque todo esto era como subiendo a Monserrate. Puede decirse que la mayoría de las casas eran de adobe, o sea de arcilla o greda apisonada pero no propiamente cocida. Las paredes eran gruesísimas, de unos 50 o 60 centímetros de espesor. De una sola planta eran los ranchitos, con una altura de 3,50 metros. Los que construían en la parte oriental tenían mucho menos trabajo y más beneficio que los que construían en la parte occidental, por el declive del suelo ... Al principio, como no había servicio de agua, mi madre iba a lavar y a recoger agua del río Arzobispo... allá iban la mayoría de las señoras que vivían por acá» (Testimonio de un habitante del barrio).

Para entonces, los servicios públicos estaban lejos de ser instalados en el barrio. El hacinamiento y la falta de higiene eran así características inherentes a las zonas populares, que no obstante seguían recibiendo recién llegados. La gente se surtía de agua del río o del Chorro de Padilla; pero cuando el barrio empezó a poblarse más, se levantaron dos pilas para recoger el precioso líquido. Don Leo Koff fue su constructor.

«Eran dos pilas muy bellas, una la puso en la carrera séptima con calle 31. Los que llevaban bestias, las formaban; el que quería recoger agua, cogía su cántaro y con una caña lo metía y ahí lo llenaba. Luego, en donde es la iglesia, hicieron otra pila con seis chorros, allí llegaba la gente con mangueras, pero se formaban unas peleas, ¡madre mía! Como cuando llegó el cocinol al barrio, un tarrazo venga, otro vaya. Bueno... era algo tremendo» (Valderrama 1988).

La organización social de este barrio se fomentó entre la gestión individual y comunitaria. Cada quien se encargaba de levantar su casa y de asegurar su infraestructura; pero, a la vez, el barrio era asunto de todos. Es preciso notar que la edificación de este barrio estaba lejos de formar parte de la planificación urbana oficial.

«Cuando colocaron el servicio de luz y alcantarillado había que hacer los andenes y la hechura le costó a mamá 15 pesos. Para hacer el frente de la calle, todos los niños íbamos al río y traíamos piedras para empedrar las calles que permanecieron así hasta que ya después las pavimentaron. Para llegar a pavimentar las calles, cada propietario de casa tuvo que pagar sus derechos; y para hacer el alcantarillado, tuvo que dar el material necesario para su frente» (Valderrama 1988).

Con el testimonio anterior, se evidencia una clara polarización en la construcción de la ciudad. De un lado, los urbanitas con deseos modernizadores que intervenían directamente en la edificación de la ciudad central y, de otro, los sectores populares que, a falta de apoyo institucional, erigían sus barrios de manera desarticulada.

«El concepto de marginalidad aglutina componentes geográfico-espaciales, económicos, históricos, étnicos e ideológicos, como resultado de los cuales se configura una separación, una división social en dos polos, uno hegemónico y uno marginal, entre los cuales no existen canales eficaces de comunicación. Esta situación tendría como consecuencia directa la carencia de coherencia social y de formas organizativas entre marginales, quedando a nivel individual y como grupos completamente desprotegidos y vulnerables» (Viviescas 1991:370).

Sin embargo, desde el punto de vista sociopolítico, este tipo de organización de los sectores populares (ambivalente entre lo social y lo individual, carente de regulación institucional y frente al marginamiento con las élites tradicionales que conformaban el bipartidismo liberal-conservador) encontró en el líder político de la época, Jorge Eliécer Gaitán, un representante ejemplar de sus intereses. Así, La Perseverancia, construido inicialmente para los obreros, se convirtió en un barrio popular absolutamente gaitanista.

Imagen 1 - Jorge Eliécer Gaitán en la Plaza de la Perseverancia en 1947



Fuente: Álbum de José Vicente Ortega Ricaurte, Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá.

El nivel de organización alcanzado por el líder durante la década de los cuarenta pudo captar a los habitantes de los barrios populares, compuestos básicamente por obreros, migrantes de diversas regiones y campesinos. Así, por ejemplo, los principales gestores del barrio La Perseverancia se convirtieron rápidamente en líderes del movimiento gaitanista.

«La propuesta gaitanista de 1944-1948, aunque algo oportunista, estaba más cerca de los sectores populares, pero al surgir en un contexto ya polarizado no pudo evitar inscribirse en el universo de la confrontación cultural total ya creado, y sucumbió víctima del enfrentamiento liberal-conservador» (Melo 1997:238).

El Bogotazo

«En los minutos que siguen al asesinato, el levantamiento se desencadena. Las ferreterías son saqueadas, las prisiones abiertas, la muchedumbre liberal comienza a atacar los edificios oficiales e inicia el sitio del palacio presidencial. Nada parece detener a los insurgentes, la policía de Bogotá simpatiza con la mayoría de ellos [...] Las manifestaciones se entregan al pillaje de los almacenes del centro y a escaramuzas dispersas, prendiendo fuego a numerosos edificios públicos y a la catedral» (Pécaut 1987:476).

El ataque directo de la población contra el poder central luego de conocerse la noticia se manifestó con la destrucción de símbolos urbanos representativos como el Palacio de Justicia, la Catedral, la prensa conservadora, la Gobernación, el Palacio Arzobispal, los grandes almacenes y el comercio de resonancia extranjera, hoteles elegantes como el Regina o el Ritz, en resumen, los lugares frecuentados por la oligarquía.

La cólera popular invocaba la revolución: ¡A palacio! era el grito unificado de las masas que corrían hacia el centro de la ciudad a vengar la muerte del caudillo.

«Hasta las tres de la tarde se puede decir que la revolución estaba triunfando, a pesar del aguacero que fue un tremendo aliado del gobierno... cuando como a las tres y media el estrépito de los tanques irrumpió por la calle más céntrica de la ciudad, la carrera séptima... con la pasada de los tanques hay un montón de muertos, la gente se siente frustrada, no hay organización, el saqueo está al orden del día, todo el mundo no hace más que robar, gritos de histeria» (Alape 1983:345).

Luego de varias horas de revuelta, el pueblo espera ansiosamente la caída del gobierno conservador mientras rodea el palacio presidencial con palos y machetes. Entre tanto, la delegación liberal entabla negociaciones con el presidente para encontrar una nueva fórmula política. La solución, finalmente, consiste en una coalición entre los dos partidos tradicionales llamada Unión nacional, hecho que ratifica el poder dominante de las clases oligarcas sobre las clases populares que habían tomado las calles. La traición de la clase política y, en especial, de los liberales hacia el pueblo fue el único sentimiento que quedó tras la revuelta espontánea, aunque, para los insurrectos, durante largas horas, esta movilización significó la esperanza de una gran revolución a manos del pueblo.³

El centro se desplaza

Desde el punto de vista espacial y arquitectónico, la ciudad conoció una transformación definitiva después del Bogotazo, acontecimiento que se desarrolló alrededor de cuatro puntos centrales: la Plaza de Bolívar, como centro militar; la Clínica Central, lugar donde fue atendido Jorge Eliécer Gaitán; el diario El Tiempo, como centro informativo y de decisión política; y las emisoras radiales, que intentaban dirigir a los trabajadores e insurrectos en general, dispersos en la calle.

Estos lugares estaban ubicados físicamente dentro del centro histórico de Bogotá, que quedó destruido parcialmente luego de tres días de revuelta. La destrucción se concentró en tres áreas.

«Un sector entre las carreras cuarta y octava con calles novena y trece; otro a lo largo de la calle Real o carrera séptima, de la avenida Jiménez a la calle 21 o 22; y otro en torno a la plazuela San Victorino, además de otros sitios aislados y dispersos. Pero como en muchas ciudades europeas, se destruyó mucho más en la reconstrucción que lo causado por los bombardeos» (Niño 1998:155-158).

3 «Aunque la revolución y la revuelta tengan el mismo origen, y a pesar de que una y otra signifiquen 'retorno', la primera es de procedencia filosófica y astronómica: retorno de los astros y de los planetas a su punto de partida, movimiento de rotación en torno a un eje, ronda de las estaciones y de las épocas históricas. En la palabra 'revolución', las ideas de retorno y de movimiento se fundan en aquella de orden; en la palabra revuelta, esas mismas ideas se refieren al desorden. Así, la revuelta no implica ninguna visión cosmogónica o histórica: es el presente caótico o tumultuoso. Para que la revuelta deje de ser agitación y acceda a la historia propiamente, es necesario que se transforme en revolución. [...] La decadencia de la palabra revuelta se debe a un hecho histórico preciso. Es un término que expresa la agitación y el rechazo de un pueblo que, a pesar de levantarse contra tal o cual injusticia, conserva la convicción de que la autoridad es sagrada. Igualitaria, la revuelta respeta el derecho divino del monarca: del rey abajo, ninguno». (Paz 1972 :163-168).

En tanto líder populista, Jorge Eliécer Gaitán fue la última figura política en reunir un gran movimiento de masas en la plaza pública. El 9 de abril, la Plaza de Bolívar se convirtió en plaza de armas, fortaleza militar y escudo para el palacio presidencial, luego de que la muchedumbre depositara el cuerpo masacrado del asesino a su costado. A pesar de ello, no se vio afectada por la acción de los movilizados, pero a partir del Bogotazo su función pública entró en combinación con la inserción de la ciudad en un Estado liberal. Así, las fuerzas que confluían en ella, se transformaron de acuerdo con los nuevos flujos capitalistas de intercambio y de comercio.

Con el estallido del 9 de abril, la plaza perdió su poder simbólico y entró, como el centro histórico en general, en un proceso de 'desterritorialización'. La idea del centro como lugar de habitación se transformó en la idea del centro como lugar de paso, de ocio, de comercio y de protestas. Con la reconstrucción del centro histórico, comenzó también el desplazamiento de la estructura social distribuida alrededor de la plaza mayor. Poco a poco, el sector financiero y bancario de la economía logró la expulsión física del pequeño comercio. El centro de gravedad de la explosión popular era a la vez el lugar de confluencia de intereses diversos.:

«El sector más afectado por la ola de incendios fue, sin duda alguna, la Calle Real y sus lugares vecinos, donde se había establecido el comercio tradicional de la ciudad. En ese lugar, el fuego encontró el territorio más adecuado para extenderse, pues las construcciones modernas en hormigón resistentes a los incendios eran allí muy poco numerosas. El progreso y la transformación que se desarrollaban en otras zonas comerciales no habían podido llegar hasta la Calle Real, en parte a causa de [...] la doble propiedad de los edificios que allí se encontraban. Algunos eran propietarios de la tierra, y otros del aire [...]. Hoy, en Bogotá, al recorrer la Séptima desde la Plaza de Bolívar hacia el norte, es muy fácil identificar la ruptura de estilo acarreada por los hechos del 9 de abril. Dicho de otro modo, el mapa de la arquitectura norteamericana coincide con el mapa del incendio y del saqueo (Aprile-Gnisset 1983: 202).

Jacques Aprile señala que los acontecimientos del Bogotazo y la transformación de la ciudad deben ser entendidas en relación al contexto internacional de la época. En efecto, el telón de fondo de este acontecimiento era la Novena Conferencia Panamericana (que después se conocería como la OEA) programada para esta fecha en la capital colombiana. En este evento internacional, se proponía firmar un pacto anti-comunista entre los países latinoamericanos bajo los lineamientos del general Marshall, uno de los principales protagonistas de la reunión.

Desde el año anterior a la conferencia, Bogotá entró en un proceso de construcción modernista. Serían los notables 'caballeros bogotanos' los encargados de las disposiciones necesarias para el recibimiento de las personalidades. Así, nuevas avenidas como Las Américas (que conducía al aeropuerto de Techo), altos edificios con ascensor, teatros, restaurantes y elegantes hoteles serían construidos para el evento. En una exhaustiva investigación, Aprile empieza por demostrar cómo el evento se prestó para una especulación sustancial a manos de propietarios, arquitectos y «politiqueros con ínfulas de modernistas», bajo las influencias de la potencia americana.

Por otro lado, al autor analiza el Bogotazo como un hecho físico, poniendo de relieve, de una parte, que lo que se calificó y se califica hasta hoy como 'la destrucción de Bogotá' a manos de los sectores populares, no fue más que el incendio y saqueo de algunos edificios, almacenes de comercio y aproximadamente el 30% de los autos del tranvía municipal. De otra parte, muestra cómo el Bogotazo permitió la 'liberación del suelo' tan esperada por urbanistas y empresarios

privados que querían la reforma del centro desde tiempo atrás y, con ello, la eliminación del tranvía municipal y las viejas construcciones. «Se libera el suelo de una manera más radical y rápida que con cualquier declaración de expropiación por utilidad pública» (Aprile-Gnisset 1983:32). Bastas especulaciones caracterizarían la manera como se intentaría acomodar la nueva realidad a los intereses particulares.

«El manejo ideológico de la información tenía una discriminación marcadamente clasista. La prensa muestra el desastre en el comercio de lujo, los almacenes extranjeros, la Séptima y la Jiménez, pero ignora por completo los damnificados de las plazas de Las Cruces y de San Victorino» (Aprile-Gnisset 1983:32).

La Conferencia Panamericana finalmente se realizó luego del Bogotazo. Colombia rompió relaciones con la Unión Soviética y comenzó la esperada remodelación del centro bajo los parámetros de un modernismo racional y planeado, y la privatización del transporte y del suelo. Desde entonces, urbanizar adquirió el significado de valorizar.

«El ancho de una calle es factor determinante en la plusvalía de los terrenos vecinos. Una vez sentados estos principios, decimos: la operación para obtener grandes riquezas es sencilla, consiste en valorizar por medio de urbanizaciones oficiales, caracterizadas por anchas calles... Reurbanizar oficialmente el sector más desaseado, es decir, la plaza de mercado» (Aprile-Gnisset 1982:60).

Así, la Carrera Séptima fue ampliada y la plaza de mercado que, bajo criterios higienistas, se consideraba inapropiada para la ciudad, fue demolida. También, fueron destinadas al sector bancario unas quince manzanas del centro (más que al sector del gobierno).

El tranvía municipal se convertía entonces en el principal obstáculo para la remodelación del centro. Bajo el pretexto de su destrucción en el Bogotazo, fue retirado inicialmente de la Carrera Séptima y luego desplazado del centro hacia la periferia. Finalmente, fue reemplazado por completo por buses de gasolina importados de Estados Unidos.

La privatización del transporte y del suelo fue llevada a cabo por hombres políticos como Fernando Mazuera, quien era a la vez Alcalde de Bogotá y un reconocido urbanista. Numerosas empresas privadas negociaron con las empresas americanas la reconstrucción de la ciudad. El mismo presidente de la república, Ospina Pérez, era dueño de la Constructora Ospina & Cía, la cual ejecutó gran parte de los proyectos urbanísticos de la época. Era el mismo período en que, en el gabinete de Ospina Pérez, había cuatro ministros que fungían al mismo tiempo como abogados de numerosas compañías petrolíferas norteamericanas. Estos se encargarían, a partir del 10 de abril, de gestionar el préstamo con Estados Unidos para la reconstrucción de Bogotá. Del mismo modo, el país norteamericano se encargaría de vender todos los materiales de construcción que, no obstante, se producían en Colombia.

Igualmente, las leyes fueron adecuadas a las reformas y se firmaron todos los cambios y acuerdos necesarios entre representantes del Estado, entidades bancarias, propietarios y arquitectos para la elaboración de los nuevos planes urbanos. Mientras tanto, los representantes del pequeño comercio y de la plaza de mercado salían del escenario, pero se extendían hacia las periferias de forma independiente o a través de un proceso de urbanización orientado a la explotación de terrenos baldíos.

El Plan Marshall entró en vigor con estos acuerdos.⁴ «Más rápido que el sector público, el sector privado reacciona. Surge la Lonja, concretizando la manera como, a raíz del 9 de abril, el mercado inmobiliario bogotano se moderniza y entra de lleno en la era capitalista» (Aprile-Gnisset 1983:29). Sin embargo, los grandes planes no alcanzaron a ejecutarse en su totalidad, como soñaban los modernos urbanistas. «El Estado es incapaz de emprender, ni legal ni financieramente, una operación conjunta del centro, y el sector bancario no está listo para financiar los proyectos de remodelación urbana» (Aprile-Gnisset 1983:6). Igualmente, algunos pequeños propietarios se resistían a abandonar sus viejos almacenes para que fueran demolidos.

La remodelación fue encargada inicialmente a los grandes arquitectos modernistas del momento, como lo demuestra el Plan Piloto diseñado por Le Corbusier, quien visitó la ciudad en 1947, y entregó el proyecto final hacia 1950. Este proyecto fue elaborado junto a otros dos arquitectos, Paul Lester Wiener y Jose Luis Sert, pero su ejecución no fue llevada a cabo a causa de desacuerdos entre las ambiciones de Le Corbusier y los comerciantes con los que este trabajaba. No obstante, distintos arquitectos siguieron sus ideas, expresadas en construcciones como el Centro Nariño en 1952, y las consiguientes obras realizadas por el arquitecto bogotano más influyente en la arquitectura de la ciudad y discípulo directo de Le Corbusier, Rogelio Salmona. Así, la ciudad adoleció de un único plan urbanístico, sino que fue objeto de numerosos proyectos e intereses particulares desarticulados entre sí.

Dos tipos de construcciones simbolizarían, no obstante, la modernidad urbana de la época: los grandes rascacielos (como el Banco de Bogotá y el edificio de Avianca) y las grandes vías de circulación como la Avenida Caracas, la carrera décima y la calle veintiséis.

«Después del 9 de abril se empiezan los edificios de diez pisos a lo largo de la décima, por ejemplo, y con ascensores que se hacían rentables con diez plantas, aunque el cambio rotundo se presentó con el Banco de la Republica, por ahí en el 52. Se importó su tecnología, el pilotaje... influencia norteamericana» (Aprile-Gnisset 1983:176).

Las semejanzas con el modelo haussmaniano continuaron con la exigencia de la oligarquía de hacer una ciudad más segura. En el sistema arterial en media luna empezó a advertirse la constante de una serie de anillos que rodeaban la ciudad. Paralelamente, avanzó la urbanización clandestina periférica, estrechamente articulada a las vías de salida de la ciudad que la prolongaban lineal y tentacularmente. Correlativamente, se manifestaba en Bogotá un aumento de la demanda de vivienda, un creciente déficit de alojamientos, y el incremento del hacinamiento y las formas de hábitat compartido. Frente a la ineficacia del plan regulador, las grandes firmas de construcción prefirieron dedicarse a la especulación rápida en áreas periféricas por medio de la vivienda.

Se establecieron suburbios residenciales de pobres y ricos. La clase aristocrática, que buscaba un ambiente privado de seguridad y confort, se desplazó hacia Chapinero y Chicó (al norte de la ciudad). Como veremos más adelante, los pobres emprendieron la invasión y construcción de 'barrios piratas'⁵ hacia el sur y los Cerros Orientales. Apareció así la periferia como proyección de la ciudad, pero de una manera no planificada y, sobre todo, auto-gestionada por la población popular. Este fenómeno tiene una importancia singular en nuestro trabajo, pues

4 El Plan Marshall fue el proyecto principal del General que promovía la consigna: América para los americanos: «Estados Unidos recomienda como la solución más aceptable para los países americanos el desarrollo de una política de atracción adecuada y de garantías para el capital privado extranjero, con el objetivo de lograr la industrialización, el mercantilismo de la agricultura y la modernización del transporte». (Aprile-Gnisset 1983:42).

5 Se entiende por barrios piratas a las construcciones masivas de vivienda popular, generalmente ilegales, gestionadas por un intermediario político, muchas veces de modo clientelista.

creemos que es a través de estas lógicas, mezcla de registros formales con acciones informales o paralelas al sistema, como se construye la vida urbana en Bogotá.

La nueva proyección del espacio urbano y la multiplicación de vías tras la eliminación del tranvía y la llegada de los buses y automóviles, terminó por esconder el centro de la ciudad como lugar de visibilidad y representación pública.

«La doctrina altamente segregacionista que preconiza Le Corbusier tiene plena acogida por parte de los banqueros [...] La preponderancia adquirida por el sector financiero tiende a desalojar al aparato institucional y gubernamental [...] Ya no solo transitan seres por la calle, también circulan capitales y valores [...] En resumen, un proceso que se inició con el latifundio feudal tardío concluye con el latifundio capitalista moderno. El centro deja de ser la expresión del Capital» (Aprile-Gniset 1983:212).

Comenzaron entonces a surgir centros de todo tipo: comerciales, deportivos, educativos, culturales, políticos, etc.

«La primacía de la plaza y su articulación con la Calle Real desaparece y se reemplaza por las vías y las escasas zonas verdes. Desaparece la cuadrícula como organizadora del espacio urbano [...] la especialidad de la plaza desaparece en tanto el problema fundamental para la ciudad capitalista es la velocidad» (Lichilin 1998:38).

Surgieron nuevos lugares de encuentro de carácter privado para los notables y hombres políticos, como el Hotel Tequendama y el Centro Internacional, a la vez que diferentes centros administrativos se instalaron a lo largo de la calle 26, que comunica con el aeropuerto El Dorado. Se verifica una descentralización del aparato de gobierno. El proyecto del nuevo Centro Administrativo nacional se inscribe en esta estrategia que consiste en alejar los centros de mando del Estado de los sitios más vulnerables (Aprile Gniset 1983:21).

En este sentido, podemos ver simultáneamente un desplazamiento del poder central y el surgimiento de diferentes poderes privados que entrañan la idea de cohabitación de poderes. Este tipo de modernización tuvo consecuencias sociales inesperadas.

La expansión de la ciudad llevada a cabo por los sectores populares se desarrolló con este tipo de lógicas. La apropiación del espacio público se reproduce igualmente en la conformación de los barrios populares, obedeciendo a una especie de descentralización en la cual los centros se multiplican en diversos puntos de la ciudad, con sus calles comerciales y las lógicas del rebusque como manera de vivir. En cuanto a la creación de los barrios populares, podría decirse que existe una historia compartida por sus habitantes, en la medida en que todos ellos llegaron allí buscando una alternativa posible al problema generado por la migración de los medios rurales hacia los medios urbanos o dentro de la ciudad misma, sumándose al mundo popular por la precariedad de las condiciones de subsistencia material, el desempleo, la carencia de vivienda, etc. Estos problemas son resueltos, en cierta medida, por la apropiación de terrenos baldíos en las zonas periféricas de la ciudad. Sin embargo, la solución es transitoria. Finalmente, en el barrio tendrá lugar un proceso de readaptación de esos sectores.

La periferia para vivir

De acuerdo con los censos oficiales (DANE), se puede apreciar el crecimiento demográfico de Bogotá que en 1938 tenía una población de 325 650 habitantes; en 1951, 715 250 habitantes; en 1985, 4 236 490; y en 2005, 7 185 889. Con estas cifras, se evidencia una expansión de la

ciudad, sin que esta estuviera preparada para dicho fenómeno. Las dinámicas políticas del país mostrarán la separación de las clases populares, que irán hasta la informalidad para establecer su distancia con sistema oficial.

La construcción de la ciudad por parte de los sectores populares, su apropiación de los espacios públicos para trabajar o para construir sus lugares de vivienda, muestra la forma de interacción de estos sectores con el poder central. Los modos de cooperación en la interacción o las negociaciones ponen de manifiesto esta manera de estructurar lo social sin la regulación permanente del Estado. Formas de organización popular o estrategias individuales, esporádicas e inmediatistas, reemplazan al Estado por momentos y asumen sus responsabilidades. Cumplen episódicamente funciones estatales siguiendo las lógicas del mercado.

¿Cuáles son los límites entre el centro y la periferia? ¿Están demarcados oficialmente? Según Samuel Jaramillo, la ciudad se diferencia entre el Centro, el Norte y la periferia.

«El norte aparece perentoriamente identificado con los grupos de mayores ingresos y los barrios elegantes. El centro histórico como centro administrativo y de comercio y la periferia como expresión de un contenido muy ambiguo, en ocasiones el residuo de lo que no es ni norte ni centro, en otras, de los barrios pobres, marginados y subnormales» (Curmen 1997:236).

Hacia la década del 60, se pusieron en marcha políticas desarrollistas, con las cuales fueron creadas urbanizaciones de viviendas populares masivas como el barrio Kennedy, parte del proyecto Alianza para el progreso. No obstante, en Bogotá, las periferias comprendidas como barrios de invasión o barrios populares se encuentran dentro de la ciudad (contrario a lo que sucede en una ciudad como París, donde los límites están claramente definidos por un cinturón periférico). Y, por lo demás, los barrios de los ricos no se tienen en cuenta en esta clasificación. Aunque cada vez se alejan más de la ciudad buscando seguridad, estos se ubican en sectores exclusivos, encerrados con vallas que protegen de las ‘clases peligrosas’.

«El rápido crecimiento de la ciudad ha generado una expansión física periférica. El carácter discontinuo de este ensanche se registra como algo en sí mismo problemático. Se asocia este tipo de disposición física a las precariedades de los barrios populares de extrarradio, en especial en lo referido a la ausencia de alcantarillado y sus andenes» (Curmen 1997:236).

Estas ‘periferias sociales’, conformadas por la población popular, viven en general del trabajo informal, ocupan terrenos vacíos y construyen sus propios barrios. De la misma manera como se construyó el barrio La Perseverancia, los barrios populares continúan siendo erigidos por la gente, reflejando así la problemática de desigualdad social constante en la conformación de la ciudad. Un buen ejemplo es la Ciudad Bolívar durante los años setenta. Ciudad Bolívar es una localidad compuesta por 240 barrios, llamados de invasión, donde se concentra toda la problemática social de la ciudad. Pobreza, delincuencia, milicias urbanas, desplazados por la violencia, etc.

«Actualmente, Ciudad Bolívar se compone aproximadamente de 240 barrios y su población es de más de un millón de habitantes. Según los datos del DNP (Departamento Nacional de Planeación), en esta zona se concentra 56,2% de la población con necesidades básicas insatisfechas de Bogotá... La informalización de la economía, el crecimiento del empleo temporal y de tiempo parcial y la flexibilidad de las formas de contratación y de remuneración han transformado las condiciones de vida de las familias. Hoy, casi la mitad de los trabajadores se ubica en el sector informal que, durante

los últimos años, ha generado casi la totalidad de los nuevos empleos (Zamudio 1991). En Ciudad Bolívar, 70% de la población sobrevive gracias al rebusque» (Curmen 1997:170).

En otras palabras, la autogestión del barrio o la localidad, los lazos sociales y de vecindad nos muestran que, a pesar de la fragmentación, hay rasgos de identidad y de hibridación cultural. Los espacios de socialización de los barrios, las esquinas y las tiendas, así como la calle misma, ponen de manifiesto estas interacciones que, de cualquier manera, construyen tejido social. La frontera entre lo público y lo privado en los barrios populares es equivalente a la movilidad de los límites de la Carrera Séptima, si se considera que la informalidad en la construcción de las viviendas a manos de la gente misma genera todo un mecanismo de arreglos y acuerdos con la comunidad y con intermediarios que facilitan el acceso a los bienes públicos cuando se llega a ellos. Del mismo modo, pensamos en la idea de la autogestión comunitaria, ya que en la apropiación del espacio el conflicto es inminente y, por ende, la negociación entre los vecinos, obligatoria.

«[Después del Bogotazo] la política jurídica en Bogotá se va a caracterizar por el '*laissez faire*' complaciente hacia el sector privado de inversionistas que encuentra mayor eficacia en la especulación rápida en las zonas periféricas... Allá, no hay problemas jurídicos. No es necesaria una inversión importante con un indispensable apoyo bancario. Basta con la complacencia de planos arreglados, la ambigüedad suficiente para favorecer polémicas con múltiples interpretaciones, cantidad de excepciones y casos particulares, así como algunos funcionarios dóciles y mudos» (Aprile Gniset 1983: 209).

Así, la ciudad se desarrolla de manera desordenada hacia las múltiples periferias, manteniendo un contacto irregular con los poderes hegemónicos generalmente a través de intermediarios, ONG, iglesias, asociaciones, etc. Además, durante la implementación de las localidades, se generó un tipo de ciudadanía particular con interacciones que van y vienen entre la población y el Estado central.

La población popular, urbana, heterogénea y múltiple, experimenta su distanciamiento con respecto al sistema central en la manera en que define su lugar en la ciudad. Como en los casos de varias ciudades de América Latina, los sectores populares llegados a la ciudad se han organizado de modo espontáneo y desorganizado en una especie de 'desbordamiento popular'. Ese fenómeno es analizado en el caso peruano por José Matosmar (Matosmar 1984), quien lo describe como un proceso de modernización en el cual las masas ponen en cuestión la autoridad del Estado, recurriendo a múltiples estrategias y mecanismos paralelos que alteran las reglas establecidas.

Paralelamente, se produce el crecimiento de una 'economía contestataria popular', ampliamente conocida como economía informal. El trabajo de Bruno Lautier analiza igualmente la constitución informal de los barrios populares.

«La informalidad es una bomba de tiempo política y social: la informalización de barrios enteros en algunas periferias, donde la mitad de los jóvenes nunca ha tenido un empleo, la expulsión masiva de ciertas categorías de la población del sistema de protección social en provecho de la asistencia calificada como humanitaria, la multiplicación de estatus precarios de trabajo, que provoca que ya no se sepa qué debe ser tolerado o reprimido, el desarrollo del papel de las redes (de amistad, de clientelismo, de corrupción) frente al debilitamiento de las regulaciones institucionales» (Lautier 2004:99).

La ciudad se extiende en un proceso de regulación sin fin entre quienes ya están instalados, los recién llegados y toda una cadena de intermediarios que negocian los bienes públicos con

las instituciones. Ese comportamiento estratégico desarrollado por las culturas populares tiene contacto con las instituciones, lo cual acentúa la porosidad entre los límites de lo legal y lo ilegal (formal/informal). Nos parece entonces necesario retomar la perspectiva de De Certeau.

«[Para] analizar las prácticas microscópicas, singulares y plurales, que un sistema urbanístico debería gestionar o suprimir y que sobreviven a su decadencia, seguir la pululación de esos procedimientos que, lejos de ser controlados o eliminados por la administración panóptica, se han reforzado en una proliferante ilegitimidad, desarrollado e insertado en las redes de vigilancia, combinados según tácticas ilegibles pero estables hasta el punto de constituir regulaciones cotidianas y creativas» (De Certeau 1990:146).

Esta idea parece ser demostrada empíricamente con la construcción de los barrios populares, donde se pone de manifiesto la existencia de un espacio gris que escapa al control del Estado. Con ese nuevo espacio, las iniciativas individuales se multiplican, apoyadas por intermediarios que actúan en diferentes registros, como lo señala esta descripción: «Los agentes implicados en estos desarrollos, en particular los propietarios y los urbanistas, actuaban de manera caprichosa, avara e inescrupulosa». Según los testigos de esta época:

«Los urbanistas de años anteriores, preocupados por la ganancia personal, pero extraños a los intereses del bien común, partieron los barrios en pedazos de terrenos y luego desaparecieron, dejando a la ciudad el problema de aglomeraciones urbanas desprovistas de todo. El Estado, por su parte, no ejerció la vigilancia necesaria o no estableció las normas que habrían podido corregir esas distorsiones» (Jaramillo 1998:170).

En ese fenómeno constatamos la emergencia del individuo moderno, pero de una manera negativa, que define la vida urbana por ausencia de regulación institucional. Los destinos de los individuos populares son desemejantes. Estos ascienden y descienden en la escala social. La propiedad privada y el derecho al trabajo se tornan nuevamente esenciales para la construcción social, pero, ¿de qué manera, en un mundo moderno, el individuo es el que determina la acción social? A la luz de estas descripciones, el rebusque o la informalidad serían una forma de construcción social cuya fuente se encuentra en el comportamiento individual de los diferentes actores.

Breve reseña histórica del barrio Jerusalén (localidad 19, Ciudad Bolívar)

«Jerusalén surgió en los albores de la década de los ochenta, en predios de la Hacienda Casablanca, cuyos propietarios fueron los miembros de la familia Gaviria. Los terrenos estaban caracterizados por la aridez y la topografía quebrada, donde solo fructificaba la explotación de canteras».

«Hace 21 años, apenas dos ranchos solitarios se aferraban al desértico paisaje. Allí moraban, con sus familias, María Cholo y Nohemí Ríos, quienes se desempeñaban como cuidanderas de las canteras. Ellas, aconsejadas y motivadas por un grupo de buscadores de fortunas fáciles, entregaron poder a unos 'doctores' para solicitar judicialmente la prescripción del dominio de la familia Gaviria sobre los predios de Casablanca, alegando a su favor la posesión de los terrenos de forma ininterrumpida durante más de 20 años. De esta manera se constituyó la Sociedad Organizadora del Sur, con cerca de 32 socios, que se posesionó de las tierras y, directamente o a través de comisionistas, loteó y vendió el terreno».

«Los lotes, de 7 x 14 metros, variaban de precio según su distancia con relación a la urbanización Candelaria la Nueva, IV Etapa, y de conformidad a las características del terreno. Así, el precio máximo de un predio podía ser 100 mil pesos en la parte baja y 5, 10 o 20 mil en lugares altos y pendientes. Además, los lotes se podían intercambiar por artículos como televisores, neveras, planchas, máquinas de escribir y de coser, por otros lotes o por servicios como los de cuidadero. En este último caso, los cuidaderos se colocaban a las órdenes de alguno de los socios para hacer trincheras en las partes más altas del barrio, y vigilar durante la noche que no llegaran otras personas a apropiarse de los predios que estaban para la venta o la reventa. Al principio, algunos lotes fueron incluso regalados con la condición de habitarlos de inmediato y contribuir en la vigilancia de los alrededores. Los socios promocionaban la venta de lotes con falsas promesas como la pronta instalación de servicios, otorgamiento de títulos de propiedad y mil ventajas más. Algunos organizaban verdaderas excursiones de posibles compradores».

«Debido a que los terrenos de la Hacienda Casablanca comenzaron a figurar como invadidos, la policía colocó retenes en diversos puntos del barrio para impedir la entrada de materiales de construcción destinados a las viviendas. A la vez, los socios, para poder revender los lotes, pagaban a los agentes del orden para que expulsaran a las familias que eventualmente estuvieran ocupando o construyendo en el predio respectivo. Así comenzó una loca dinámica que consistía en que de noche los habitantes levantaban los ranchos de paja para habitar el lugar y de día las nuevas edificaciones eran tumbadas y quemadas por la autoridad. La labor de defensa de las precarias construcciones estaba a cargo, especialmente, de niños y mujeres. Estas últimas, para tratar de disminuir la agresión de los agentes de policía, simulaban estar embarazadas poniéndose cojines y rollos de ropa. A pesar de ello, esta época, de ingrata recordación en todo Jerusalén, cobró su cuota en vidas humanas. También fueron estos los días en que la colocación de la bandera nacional en los ranchos y espacios comunitarios se volvió una especie de talismán en contra de las arremetidas de la policía y los invasores, lo que no impidió que algunos hombres y mujeres fueran a parar a la famosa cárcel móvil colocada por la policía en donde hoy se encuentra el viejo tanque del agua, para luego ser conducidos a calabozos por el delito de estar construyendo sus casas. Durante esta época, además, se presentaron duros enfrentamientos por las zonas destinadas al uso común».

«El éxito del único asentamiento legalizado, Manuela Beltrán, fundado por el sacerdote Saturnino Sepúlveda y ubicado en las mismas tierras de la antigua hacienda, estimuló aún *más la migración hacia el área. Aquellos fueron días en los que el poblamiento de Jerusalén alcanzó un ritmo increíble, de tal manera que cada amanecer traía consigo 3 o 4 manzanas nuevas*».

«Las condiciones de vida fueron bastante difíciles y limitadas durante los primeros años. Las casas fueron construidas con tela asfáltica, latas, tablas y cartón; se carecía de todos los servicios básicos –agua, alcantarillado, energía, teléfono–, no existían vías y mucho menos servicios de salud o de educación».

«La primera lucha colectiva de Jerusalén fue entonces por los terrenos y en defensa de los ranchos. Luego vino la lucha por el agua. Al principio esta se conseguía en el barrio San Francisco, pero principalmente en lo que la gente de Jerusalén llama ‘el Plan’, es decir en la parte baja donde se ubica Candelaria La Nueva. Allí recogían agua en galones que luego subían a sus casas. Para lavar la ropa había que ir hasta una quebrada cerca de la laguna de Terreros en Soacha o hasta unos lavaderos ubicados cerca de La Casona del Libertador, construcción colonial ubicada también en la parte baja. Después llegó la época de los burros aguateros y algunas familias organizaron el negocio de

transportar agua desde ‘el Plan’ hasta las casas, utilizando estos animales. Más tarde aparecieron los políticos quienes a cambio de votos facilitaron la maquinaria que abrió las primeras vías por donde empezaron a llegar carrotaques cargados de agua».

«Luego vinieron las expediciones en busca de una fuente permanente del líquido, expediciones que culminaron en la vereda de Quiba donde se construyeron unas albercas y se tendieron mangueras que remataron cinco kilómetros más abajo en la parte alta del barrio, en un tanque comprado a Ecopetrol y que a partir de entonces se transformó en el epicentro del barrio, lugar de reuniones y de disputas entre vecinos. Desde allí el agua era repartida a los diferentes sectores por medio de mangueras que llegaban a pilas ubicadas cada tres o cuatro cuadras. Cada sector accedía así al servicio solamente durante dos o tres horas al día, razón por la cual las filas para conseguir el preciado líquido eran interminables. En ellas se veían, más que todo, mujeres y niños. El agua de Quiba no era muy limpia, pero era la fuente más segura, así que la gente se organizó en Comités de Vigilancia para ordenar y supervisar su distribución. De estos Comités salieron los primeros Comités Pro-Juntas y de allí las Juntas de Acción Comunal».

«Finalmente fue la participación del alcalde mayor Hisnardo Ardila Díaz en una asamblea con la comunidad la que garantizó la llegada del agua potable, ya que al aceptar este un vaso de agua de Quiba, cayó enfermo y permaneció varios días hospitalizado. Poco después, tres motobombas fueron instaladas para subir hasta el barrio agua tratada. Para el cocinol, se construyeron en cada sector casetas donde dos o tres veces por semana era expendido el combustible. La energía se ‘contrabandeara’ de Candelaria La Nueva, IV Etapa, y las redes se iban subiendo poco a poco desde las partes bajas hacia las más altas. Este procedimiento recargaba los transformadores y se producían con frecuencia apagones. La luz que llegaba era de bajo voltaje».

«Luego vino la lucha por las vías, el transporte, las escuelas, la salud, la recreación, los jardines infantiles, lucha que se fue materializando poco a poco en resultados tangibles como Hogares Infantiles, Centros de Atención a Jóvenes, escuelas, calles pavimentadas, escaleras y canchas. Es decir, todo un mundo forjado por los pobladores a base de ingenio, peleas y negociaciones con los ‘socios’, algunas entidades privadas, las empresas públicas y la administración distrital. El apoyo estatal fue siempre tardío y tan tímido que tuvo que ser conquistado por los habitantes a través de múltiples gestiones y por medio de presiones de todo tipo. En 1982, por ejemplo, el Comité Pro-Junta del barrio orientó su labor principalmente a la consecución de los servicios públicos y debió acudir para el efecto a mecanismos como las marchas, protestas y paros».

«El Comité, a cuya cabeza se encontraban nueve hombres y una mujer que habitaban en diferentes partes de Jerusalén, vio la necesidad de colocarle un nombre a cada uno de los sectores de los que ellos provenían, pues el barrio era muy grande y resultaba imposible de manejar como un solo bloque, al punto que en ocasiones no se lograba identificar en qué lugar se presentaban ciertas dificultades y necesidades o ubicar algunos sitios dentro del extenso territorio. Fue este el origen de los nueve sectores que hoy conforman Jerusalén. Cuando Acción Comunal Distrital llegó a trabajar al barrio en 1985, propició la oficialización de los sectores que ya los habitantes habían definido» (IDTC 1998).

Imagen 2 – Barrio de Jerusalén



Fuente: Revista El popular.

En la descripción anterior, vemos como en la construcción de viviendas es usual encontrar extensiones de las casas hacia las calles. De esta manera, la ‘casa también sale a la calle’ al tomar zonas de espacio público arbitrariamente. En algunos barrios, los líderes de organizaciones comunitarias o de las institucionalizadas ‘juntas de acción comunal’, al tener el privilegio de escoger lotes mejor ubicados en esquinas o en calles comerciales, se sirven de estas áreas mediante una apropiación lenta y disimulada. Primero las transforman transitoriamente en bodegas, en sitios venta de comida, canchas de tejo, parqueaderos y, poco a poco, las van cerrando hasta construir algo definitivo. En general, los habitantes comunes se apropian del espacio público ampliando sus jardines o ampliando locales de la casa para hacerlos tiendas comerciales. Las casas van creciendo hasta donde alcance la plata. ‘Echar la plancha’ significa añadir un piso más a la vivienda, que casi siempre está inacabada. Para esto, se invita a amigos y vecinos, se les ofrece asado y cerveza, y el día se convierte en un esfuerzo común para agrandar la casa de alguno, cada quien a su turno.

Las casas localizadas en las vías comerciales se adaptan a sus posibilidades transformando espacios residenciales, como el garaje, en espacios comerciales de todo tipo: supermercados, pequeñas tiendas, droguerías, restaurantes, cafeterías. Sus fachadas están cubiertas de múltiples avisos que los dotan de una identidad propia. Los pobladores se encargan del financiamiento y construcción de los andenes frente a su casa, de manera que, en un segmento de la misma calle, se encuentran pedazos pavimentados y otros no. La calle del barrio popular se hace así heterogénea e inacabada, sin líneas continuas que unifiquen las viviendas o separen los espacios públicos de los privados.

Los desplazados de hoy

En nuestros días, la ciudad de Bogotá consta de aproximadamente 8 millones de habitantes, representantes de las diferentes regiones del país. Las migraciones que comenzaron a masificarse en los años cincuenta tuvieron una segunda oleada en los años setenta y otra en la década de los noventa. El fenómeno ha aumentado con la llegada de los ‘nuevos desplazados de la violencia’, que alcanzan actualmente la cifra de 5 millones en el país. En efecto, desde los años ochenta se comenzó a hablar de ese nuevo fenómeno en términos de una nueva forma de violencia. Con la entrada del narcotráfico y el agravamiento del conflicto armado entre guerrillas y paramilitares, la víctima directa ha sido la población civil, sobre todo en las zonas rurales.

Podemos hablar así de nuevas violencias y de nuevas oleadas de migrantes desplazados que toman la calle como lugar de sobrevivencia. Las esquinas, los puentes, los semáforos y los barrios periféricos de la ciudad son el escenario de individuos que mendigan y venden y que,

en general, portan un cartón que anuncia su condición de desplazados. Esta población pone de manifiesto así el fenómeno de colonización recurrente en la historia del país, pero con las particularidades de la vida moderna: es decir, el nomadismo de la vida urbana y el desarraigo de la condición existencial del mundo global. Los desplazados se convierten involuntariamente en agentes de cambio, en la medida en que realizan en tránsito de la vida rural y la vida urbana. Esta población emergente y en permanente movimiento como modo de huir del riesgo, se convierte en una mano de obra itinerante en mercados laborales informales, circulares entre el campo y la ciudad. Se caracteriza por tener un imaginario sin lugar fijo y ser nuevos nómadas en busca de seguridad. En resumen, son nuevos pobladores urbanos que intervienen en la resignificación de los espacios y del imaginario colectivo.

Referencias

- Agier, Michel. 1999. *L'invention de la ville: Banlieues, townships, invasions et favelas*. Amsterdam: Archives Contemporaine.
- Alcaldía Mayor de Santafé de Bogotá. 1997. *Bogotá, una historia común*. Bogotá: IDCT.
- April-Gnisset, Jacques. 1993. *El impacto del 9 de abril sobre el centro de Bogotá*. Bogotá: Centro Cultural Jorge Eliécer Gaitán.
- Barbosa y Helena Pérez Niño. 1997. *Uso y apropiación del espacio público: el caso de los viejos de la plazoleta del Rosario*. Bogotá: IDCT- Observatorio de cultura urbana.
- Curmen, L. R. 1997. *Influencia del entorno barrial en los procesos de socialización y educación*. Bogotá: IDCT - Observatorio de Cultura Urbana.
- De Certeau, Michel. 1990. *L'invention du quotidien*. Arts de faire Tome 1. París: Gallimard.
- Elias, Norbert. 1991. *La société des individus*. París: Fayard.
- Gauchet, Marcel. 2002. *La démocratie contre elle-même*. París: Gallimard.
- Gil, C. 1998. *Etnografía de las organizaciones de la venta informal de la calle en Santa Fe de Bogotá*. Bogotá: Universidad Nacional.
- IDTC. 1998. *Usos. Costumbres e imaginarios en el espacio público: el caso del sector Jerusalén*. Bogotá: Observatorio de Cultura Urbana.
- Lautier, Bruno. 2004. *L'économie informelle dans le Tiers Monde*. París: Éditions La Découverte.
- Lichilin, Alejandra. 1998. «El acontecimiento del 48». Revista Ciudad y movimiento, Cartilla del Espacio Público en Bogotá No-6. Bogotá: Instituto de Desarrollo Urbano – IDU.
- Matosmar, J. 1984. *Desborde popular y crisis del Estado: el nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. Lima: IEP.
- Mendoza, Pilar. 2008. *Le monde de la rue a Bogotá: la débrouillardise comme l'art de faire de la multitude* (tesis de doctorado). París: EHESS.
- Melo, Jorge O. 1997. «El impacto y el síndrome del 9 de abril». Credencial Historia No-96. Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango – Biblioteca Virtual.
- Mockus, Antanas. 2003. *Seguridad y convivencia*. Informe de la Alcaldía. Bogotá: Alcaldía Mayor.
- Niño, Carlos. 1998. *Usos, costumbres e imaginarios en el espacio público: el caso del sector Jerusalén*. Bogotá: IDCT - Observatorio de cultura urbana.
- Paz, Octavio. 1972. *Courant alternatif*. París: Gallimard.
- Rougerie, Jacques. 1971. *París libre 1871*. París: Éditions du Seuil.
- Saldarriaga, Jaramillo y Ricardo Rivadeneira. 2006. *Bogotá a través de las imágenes y las palabras*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Suárez, A.M. *La Ciudad de los elegidos. Crecimiento urbano, jerarquización social y poder político. Bogotá. 1910 -1950*. Bogotá: Editorial Guadalupe.
- Pecaut, Daniel. 1987. *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*. Bogotá: Siglo Veintiuno Editores.
- Valderrama, J.C. 1988. *Esculpiendo la greda. Ranchos de adobe, casas de fundadores. Perseverancia – un barrio con historia*. Bogotá: Asociación Comunitaria Los Vikingos, Biblioteca Luis Ángel Arango - Biblioteca Virtual.
- Viviescas y Fabio Giraldo. 1991. *Colombia: El despertar de la modernidad*. Bogotá: Editorial Foro Nacional por Colombia.